

# Cinco lámparas de bajo consumo

A Simón Suárez

.....  
 POR JOSÉ LUIS LÓPEZ\*

**S**iempre me imaginé este final. Tal y como sucedió el viernes. En la puerta sentí frío y miedo; tenía alrededor unas sesenta personas, todas profesionales o cercanas al mundo del teatro, todas con conocimientos, sensibilidad, experiencia... Pero esta vez me habías dejado solo entre el público.

Fuimos entrando todos al improvisado patio de butacas. Encima del escenario, a modo de luz de trabajo, cinco lámparas de bajo consumo desparramaban su insípida luz sobre la madera desnuda. Al abrirse la portezuela en la pared del fondo, entraste, y cerrando suavemente los ojos, diste la orden de comenzar. Las cinco se disolvieron en el espacio y todos quedamos en la más absoluta oscuridad.

Comenzó a escucharse desde muy lejos el llanto de un niño al nacer, mientras un pequeño pero incisivo F-1 lanzaba sin compasión su único y preciso haz sobre un metrónomo, que comenzaba a martillar nuestros oídos con su incesante latir asesino. El bebé calló, acaso calmado por el engañoso balanceo.

Teniendo como único compañero al pequeño aprendiz de dios, un jugueteón chorro de cálidas candelas surgió del fondo derecha atravesando el espacio. En diagonal. Siempre en diagonal. Su recorrido fue lento. Como una calmada respiración (unos 17 segundos de AVAB). Al final del trayecto, en proscenio izquierda, le esperaba un niño, aún con pantalones cortos, ur-

gando en la casaca de un soldado moribundo. Con una amplia sonrisa, el muchacho consigue sacar el preciado reloj que guarda sin ni siquiera mirar la hora, y sale de la delatora luz. Mientras el escenario exhala el oscuro sobre él, nuestro desafortunado soldado se deja morir con una extraña sonrisa en los labios. No me costó entender por qué habías elegido un FRESNEL filtrado con chocolate.

De golpe, sin previo aviso, comenzamos a escuchar el final de *Egmont*, mientras del centro del suelo surgía una esplendorosa montaña. Cuando en su ascenso el pico atravesó el haz dibujado en el espacio y dejamos de ver el metrónomo, todos los SVOBODA del mundo se precipitaron sobre sus lomas, y la pared del fondo se transformó en un cielo de nubes tormentosas.

El pequeño, con su reloj en el pecho, había ascendido a la cima, pero se había convertido en un agitado adolescente que blandía una dorada espada atacando a imaginarios fantasmas. Su levita romántica se dejaba querer por el fuerte viento hasta convertirse en vela. Empujado por una potente ráfaga, el joven romántico cae rodando; comienza el fundido que dura lo que dura el descenso.

Una circunferencia de potente y pura luz le espera en la base. Es un H.M.I. Es blanco. Es un Emperador.

La espada se ha convertido en una luna llena. El Emperador tranquilo, maduro, juguetea con el filo de la luna con un lento deslizar de sus dedos. Juega con una tranquilidad lúcida hasta sentir cómo una rebaba mal limada en el taller le produce un minúsculo corte en el dedo corazón.

Brota una sola gota de sangre que se transforma en las manecillas de reloj para la incompleta luna. Se apaga el H.M.I. Solo queda el metrónomo. Iluminado, sonoro, en movimiento.

Poco a poco deja de balancearse la manecilla, pero seguimos oyéndolo. Su F-1 se va apagando, pero en la oscuridad sigue sonando. Lentamente dejamos de oírlo, al mismo tiempo que un potente 5 KW contraluz inunda la sala con un azul condesa. El fondo es un espejo inmenso en el que todos los que nos encontramos allí nos vemos reflejados. Desde detrás nuestro se oye una voz de mujer cálida, amable, hermosa, que recita:

*Con cada vez que te veo  
 nueva admiración me das  
 y, cuando te miro más,  
 aún más mirarte deseo.  
 Ojos hidrónicos creo  
 que mis ojos deben ser  
 pues, cuando es muerte el beber,  
 beben más y, desta suerte,  
 viendo que el ver me da muerte,  
 estoy muriendo por ver.  
 Pero véate yo y muera,  
 que no sé, rendido ya,  
 si el verte muerte me da  
 el no verte qué me diera.*

GRACIAS SIMÓN

\*Ayudante de dirección e iluminador